

ridad; algunos obreros le ofrecieron el brazo, pero él lo rehusó por medio de un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez el movimiento del hombre que marcha y el semblante del hombre que duerme.

—Es un anciano de muchos bríos! exclamaban algunos estudiantes. Entre el grupo corria el rumor de que era un antiguo convencional que habia votado la muerte del rey.

Entre tanto la columna insurgente se dirigia por la calle de la Verrerie.

Gavroche iba delante cantando á grito herido la siguiente cancion, haciendo las veces de clarín:

*La luna brilla en la esfera,
el bosque ya nos espera,
dijo Carlos á Carlota.*

*Tú, tú, tú,
á Chatú.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

*Por comer dos cañamones
se embriagan dos gorriones
al pié de una encina rota.*

*Sí, sí, sí,
á Passy.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

*Un tigre vió estos bobos
convertidos en dos lobos,
riendo los alborota.*

*Don, don, don,
á Meudon.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

*Y pues la luna ya brilla,
vamos al bosque, chiquilla,
dijo Carlos á Carlota.*

*Tin, tin, tin,
á Pantin.*

*Yo tengo un Dios, tengo un rey,
tengo un liard y una bota.*

Los amotinados se encaminaban hácia Saint-Merry.

VI.

Reclutas.

La columna de insurrectos iba aumentando más cada momento. Hácia la calle de los Billetes se unió á ella un hombre de alta estatura que empezaba á encanecer, y cuyo rostro rudo y audaz llamó la atención de Enjolras, de Courfeyrac y de Combeferre, pero nadie le co-

nocia. Gavroche, que iba delante distraído, cantando, silbando y dando golpes en las puertas con la culata de la pistola, no se fijó en aquel hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie y al llegar á casa Courfeyrac, éste, que no llevaba dinero encima y que habia perdido el sombrero, se separó del grupo, se internó en su casa, subió los escalones de tres en tres, tomó un sombrero viejo, un bolsillo y un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que tapaba la ropa sucia. Al bajar la escalera la portera le llamó.

—Señor Courfeyrac!
—Silencio, señora! No me llameis por mi nombre.

La portera se quedó cortada.

—Ahora hablad. Qué se os ofrece?

—Hay ahí un jóven que quiere hablaros.

—Quién es?

—No le conozco.

—Dónde está?

—En vuestro cuarto.

—Demonio! exclamó Courfeyrac.

—Hace más de una hora que está esperando que volvais.

Diciendo esto la portera, apareció en la escalera un jovencillo pálido, delgado, pequeño, cuyo cutis tenia manchas rojizas; llevaba blusa agujereada y pantalón de terciopelo remendado; parecia una muchacha vestida de muchacho más que un hombre.

Se dirigió á Courfeyrac, preguntándole con voz que no era de mujer:

—El señor Mario ha venido?

—No.

—Volverá esta noche?

—No lo sé; yo sí que no volveré, añadió Courfeyrac.

El muchacho le miró fijamente, interrogándole:

—Por qué?

—Porque no.

—A dónde vais?

—Qué os importa!

—Quereis que os lleve el cofre?

—Es que voy á las barricadas.

—Quereis que vaya con vos?

—Si quieréis!... la calle es libre, el empedrado es de todo el mundo, le respondió Courfeyrac con aire indiferente.

En seguida salió corriendo á juntarse con sus amigos. Cuando los encontró dió á uno de ellos el cofre para que lo llevara. Hasta un cuarto de hora despues no vió al jovencillo, que le habia seguido.

Los grupos numerosísimos de esta clase

no van precisamente donde quieren; el viento los arrastra. Pasaron por Saint-Merry y se encontraron, sin saber cómo, en la calle de San Dionisio.

LIBRO DUODÉCIMO.

Corinto.

I.

Historia de Corinto desde su fundacion.

Los parisienses que entren en la actualidad en la calle Rambuteau por la parte del Mercado, ven á la derecha, enfrente de la calle de Mondetour, una cestería, que tiene por muestra un canastillo que copia al emperador, con esta inscripcion:

NAPOLEON, HECHO DE MIMBRES,

é ignoran quizá las escenas terribles que se desarrollaron en aquel sitio hace treinta años (1).

Allí existian la calle de la Chanvrière y la célebre taberna llamada Corinto.

El lector recordará cuanto dijimos respecto á la barricada construida en dicho sitio, que eclipsó despues la de Saint-Merry; pues de esa famosa barricada de la calle de Chanvrière vamos á ocuparnos ahora.

Permitásenos recurrir, para que sea más clara la narracion, al medio sencillo que empleamos al hablar de Waterlío. Los lectores que quieran representarse con exactitud las manzanas de casas que se elevaban en esa época cerca de la punta de San Eustaquio, en el ángulo Norte de los Mercados de Paris, figúrense una N, tocando á la calle de San Dionisio por el vértice y por la base á los Mercados, y cuyos dos palos verticales serian la calle de la Grand-Truanderie y la de Chanvrière y el trozo transversal la calle de la Petite-Truanderie. La antigua calle Mondetour cortaba los tres trazos, formando los ángulos más tortuosos. El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles formaba, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los Mercados y la calle de San Dionisio por una parte y la calle del Cisne y de Predicadores por otra, siete manzanas de

casas, caprichosamente cortadas, de diferente magnitud, colocadas al través y como al acaso y separadas apenas, como los trozos de piedra de una cantera, por estrechas hendiduras.

Decimos estrechas hendiduras, porque no podemos dar idea más exacta de aquellas callejuelas oscuras, oprimidas, angulosas y flanqueadas por caserones de ocho pisos; eran estos caserones tan decrepitos, que en las calles de la Chanvrière y en la de la Petite-Truanderie las fachadas estaban apuntaladas con vigas desde una casa á otra. La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeunte andaba siempre por el piso mojado, costeando tiendas semejantes á cuevas, gruesos guardacantones, rodeados de aros de hierro, y montones de basura. La apertura de la gran calle Rambuteau devastó todo esto.

El nombre Mondetour indica maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles, y estaban mejor expresadas aun por la de *Pironette*, que salia á la calle Mondetour.

El transeunte que pasaba desde la calle de San Dionisio á la de la Chanvrière la veia estrecharse poco á poco delante de él como si entrase en un embudo inmenso y prolongado. Al final de la calle cerraba el paso, por la parte del Mercado, alta fila de casas, y el transeunte creeria encontrarse en un callejon sin salida, si no descubriese á derecha é izquierda dos cortaduras oscuras por las que podia escapar, y que daban acceso á la calle de Mondetour, que iba á unirse por un lado á la de Predicadores y por el otro á la del Cisne y á la de la Petite-Truanderie.

En el fondo de dicho callejon y en el ángulo de la cortadura de la derecha se veia una casa menos alta que las demás. En esa casa, que solo constaba de dos pisos, estaba instalado, hacia tres siglos, un figon ilustre, que producía alegre ruido en el paraje que indica el viejo Teófilo en estos versos:

*Allí se mece el esqueleto horrible
del infeliz amante que se ahorcó.*

El sitio era bueno y los figoneros se sucedian de padres á hijos.

En tiempo de Maturin Regnier, este figon se llamaba *La Corona de Rosas*, y como entonces estaban en moda los geoglíficos, tenia por muestra una corona de rey, recortada sobre una tabla, pintada de color de rosa.

En el siglo anterior, el digno Natoire,

(1) Hace treinta años en la fecha en que Victor Hugo escribió *Los Miserables*.

que era uno de los maestros caprichosos que hoy desdén la escuela rígida, como se achispaba muchas veces en aquel figon y en la misma mesa en que se emborrachaba Regnier, pintó, en señal de gratitud, un racimo de uvas de Corinto en la tabla de color de rosa que ostentaba la corona.

El figonero quedó tan complacido, que cambió el título de su establecimiento, haciendo escribir con letras doradas bajo del racimo: *A las uvas de Corinto*. De aquí nació el nombre *Corinto*. La elipsis es propia de borrachos; la elipsis es la espiral de la frase. Corinto fué destronando poco á poco á *La Corona de Rosas*.

El último figonero de la dinastía, el tío Hucheloup, que ignoraba la tradición, hizo pintar la tabla de azul.

El bodegon constaba de una sala baja, donde estaba el mostrador; de otra encima, que contenía una mesa de billar; de una escalera de caracol, que atravesaba el techo; de vino en las mesas, de humo en las paredes y de luz artificial desde la mitad del día.

En la sala baja había una escalera con trampa para bajar á la cueva. El segundo piso era la vivienda de los Hucheloup: se subía por una escalera, ó mejor dicho, escala, teniendo por única entrada una puerta oculta en la sala grande del primer piso. Debajo del tejado había dos desvanes grandes y abuhardillados, que eran los nidos de las criadas. Entre la cocina y la sala del mostrador ocupaban la planta baja de la casa.

El tío Hucheloup tal vez había sido químico; el hecho es que fué cocinero: en su figon no solo se bebía, sino que también se servían comidas. Hucheloup inventó un plato excelente que solo se encontraba en su establecimiento, carpas rellenas, que él llamaba *carpes au gras* (carpas con manteca). Comían allí á la luz de una vela de sebo ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, en mesas con hule clavado á guisa de mantel, y acudían al bodegon los aficionados desde muy lejos.

Hucheloup creyó en seguida que debía anunciar á los transeuntes su especialidad; mojó un pincel en un puchero que contenía tinte negro, y como tenía ortografía propia como tenía arte culinario propio, improvisó en la pared esta notable inscripción:

CARPES HOGRAS.

Uno de los inviernos la lluvia y los

chaparrones tuvieron el capricho de borrar la S con que terminaba la primera palabra y la G con que empezaba la tercera, y quedó el letrero en esta forma:

CARPE HO RAS.

De modo que con el auxilio del tiempo y de la lluvia, el humilde anuncio gastronómico se convirtió en consejo profundo. Así, pues, el tío Hucheloup, que no sabía ni su lengua, se encontró con que sabía latin y con que había hecho salir la filosofía de la cocina, y queriendo eclipsar únicamente al famoso cocinero Careme, se había igualado á Horacio. Lo más notable era que aquello quería decir: "Entrad en mi bodegon".

Nada de todo eso existe ya. El dédalo Mondetour fué abierto y ensanchado desde 1847 y probablemente no quedarán ni restos de él en la actualidad. La calle de la Chanvrerie y el figon Corinto han desaparecido.

Como hemos anunciado, Corinto era uno de los puntos de reunión, si no era el cuartel general, de Courfeyrac y de sus amigos. Grantaire fué el descubridor de Corinto. Entró allí atraído por las carpas con manteca y repitió con frecuencia las visitas. Allí se bebía, se comía, se gritaba, se pagaba poco y mal, porque á veces no se pagaba, pero siempre se recibía bien á los parroquianos. El tío Hucheloup era un buen hombre. Además, el bodegonero gastaba bigotes.

Tenia cara de muy mal humor; parecía que iba á intimidar á sus clientes; refunfuñaba á los que entraban en el establecimiento, y tenía más aspecto de armar camorra con ellos que de servirles la sopa. Pero, sin embargo, sostenemos lo dicho; todos eran bien recibidos. Esta rareza suya había acreditado el figon y acudían á él los jóvenes, diciéndose unos á otros: "Vamos á oír gruñir al tío Hucheloup".

También había sido maestro de armas.

A lo mejor se reía á carcajadas; tenía la voz gruesa, pero era un buen diablo. Su fondo era cómico, pero de apariencia trágica; solo quería causar miedo; era como esas cajas de rapé que tienen forma de pistola, pero cuya detonación es un estornudo.

Su mujer era feísima y barbuda.

Hacia 1830 murió el tío Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas con manteca.

Su inconsolable viuda continuó con el figon, pero la cocina degeneró hasta el

punto de ser muy ruin; el vino, que antes era malo, llegó á ser pésimo.

Courfeyrac y sus amigos siguieron frecuentando á Corinto, á pesar de lo dicho, por lástima, según decía Bossuet.

La viuda Hucheloup era una tia coloradota y deforme, llena de recuerdos campestres, cuya gracia consistía en desfigurar las palabras con que los evocaba. Su modo de decir las cosas sazónaba sus reminiscencias primaverales y de la aldea. Decía que en otros tiempos era su gran placer oír "cantar al ruin-señor en la serva".

La sala del primer piso, donde estaba el comedor, era una pieza grande y larga, con muchos taburetes, escabeles, sillas, bancos y mesas, y contenía además una mesa coja de billar. Se subía por la escalera de caracol, que concluía en el ángulo de la sala por un agujero cuadrado, semejante á la escotilla de un buque. Esta sala, que solo alumbraba una ventana estrecha y un quinqué siempre encendido, parecía una buhardilla. Las paredes estaban blanqueadas con cal y sin adorno alguno.

La viuda Hucheloup tenía dos criadas, que se llamaban Matelote y Gibelote; jamás se supo que tuviesen otros nombres: ayudaban á su ama á poner en las mesas los jarros de vino y la variedad de guisotes que se servían á los comedores en cazuelas de barro. Matelote era gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup; fea, tan fea como cualquier monstruo mitológico, pero, sin embargo, era menos fea que la señora Hucheloup. Gibelote era alta, delgada, de blancura línfática, de ojos hundidos, de párpados caídos; siempre estaba fatigada y rendida, dominándola lo que podría llamarse laxitud crónica; era la primera que se levantaba y la última en acostarse; servía á todo el mundo, hasta á la otra criada, silenciosa y afectuosamente.

Sobre la puerta de la sala-comedor se leía esta inscripción, que Courfeyrac escribió con yeso:

Regálate si puedes y come si te atreves.

II.

Alegrias preliminares.

Laigle de Meaux, como sabe el lector, vivía más en casa de Joly que en ninguna parte. Los dos amigos vivían, comían y dormían juntos. Todo les era común, hasta Musichetta: formaban lo

que los hermanos Chapeaux llaman un *bini*. La mañana del 5 de Junio se fueron á almorzar á Corinto. Joly estaba constipado. La levita de Laigle estaba muy usada, pero Joly iba bien vestido.

Eran las nueve de la mañana cuando entraron en el figon de Corinto. Subieron al primer piso.

En él los recibieron Matelote y Gibelote.

—Ostras, queso y jamon, pidió Laigle, y se sentaron á una mesa. La taberna estaba vacía y se encontraron solos los dos amigos.

Gibelote puso una botella de vino en la mesa, al mismo tiempo que las viandas pedidas.

Cuando empezaban á comer ostras, apareció una cabeza por la escotilla de la escalera y se oyó una voz que decía:

—Al pasar por la calle me ha dado en la nariz un delicioso olor á queso de Brie y he subido.

Era Grantaire, que tomó un taburete y se sentó.

Gibelote, al conocer á Grantaire, como conoció anteriormente á los dos primeros, puso en la mesa dos botellas más.

—¿Vas á beberte el par de botellas que acaban de sacar? preguntó Laigle á Grantaire.

—Hay hombres ingeniosos, pero tú eres el único ingénuo, contestó Grantaire. Dos botellas no asustan á un hombre.

Los dos amigos primeros empezaron por comer; el tercero por beber de un trago media botella.

—¿Tienes algun agujero en el estómago? le interrogó Laigle.

—Como tú lo tienes en el codo, contestó Grantaire, y despues de vaciar el vaso añadió:

—Está muy vieja esa levita.

—Lo sé, respondió el aludido, y por eso hacemos buenas migas la levita y yo; se ha acostumbrado á todos mis pliegues y ya no me incomoda; se ha amoldado á mis deformidades y se presta á todos mis movimientos, y no solo no la siento, sino que me abriga. Las levitas viejas son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad, dijo corroborando Joly.

—Grantaire, vienes del boulevard? preguntó Laigle.

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar el principio del entierro.

—Es espectáculo maravilloso, añadió Joly.

—¡Parece mentira que haya tanta tranquilidad en esta calle! Aquí parece imposible que París esté tan agitado. ¡Cómo se conoce que esta barriada era antes toda de conventos!... Du Breuil, Sanval y el abate Lebeuf traen la lista de los que había en esta zona; aquí hormigueaban calzados, descalzos, ton-surados, barbudos, grises, negros, blancos, Franciscanos, Mínimos, Capuchinos, Carmelitas, Agustinos...

—No hablemos de frailes, dijo interrumpiéndole Grantaire.

Después de una pausa, éste soltó el torrente de su charla:

—Acabo de tragar una ostra infame y ya me acomete la hipocondría. Las ostras están podridas y las criadas son feas. Odio á la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, por delante de la gran librería pública, y aquel montón de conchas de ostras que se llama biblioteca me ha quitado la gana de pensar. ¡Cuánto papel, cuánta tinta, cuántos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito!... ¿Pues entonces por qué dijo un imbécil que el hombre es un bípedo sin pluma? Después tropecé con una joven, que yo conozco, hermosa como la primavera y digna de llamarse Floreal, que estaba entusiasmada y se creía muy dichosa porque ayer un espantoso banquero pintado de viruelas se ha dignado solicitarla. La mujer acecha al negociante como al pisaverde; las gatas cazan lo mismo á los ratones que á los pájaros. Esa doncella dos meses atrás aun era honesta y en su buhardilla ajustaba circulitos de cobre á los agujeros de un corsé, dormía en cama de tijera, vivía al lado de una maceta de flores y estaba contenta. Ahora ya es una banquera; esta noche se ha operado esa transformación. Esta mañana encontré á esa víctima muy alegre, y lo horrible es que la pícara está tan bonita hoy como ayer. En su fisonomía no se traslucía el banquero. Las rosas, comparadas con las mujeres sobre este punto, tienen la misma propiedad; son en unas y otras invisibles las huellas de los insectos. Ah! no hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, símbolo de la paz; al manzano, que supo perder á Adán con su fruto, y á la higuera, abuela de las faldas. En cuanto al derecho... ¿queréis saber lo que es el derecho? Los galos codician á Clusa, Roma la protege y les

pregunta:—“¿Qué daño os ha hecho?” Breno le responde:—“El daño que os ha causado Alba y el mal que os hizo Fidená, el que os causaron los egnos, los volsgos y los sabinos, que eran vecinos vuestros. Pues los clusianos son nuestros vecinos y entendemos la vecindad como vosotros. Os apoderásteis de Alba, nosotros nos anexionaremos Clusa.” Y Breno tomó á Roma y gritó: *Vae victis!* Esto es el derecho. En el mundo hay muchas aves de rapiña y muchas águilas. Yo me contento con la carne de gallina.

Grantaire hizo una pausa para presentar el vaso vacío á Joly, que lo llenó; lo apuró él primero y prosiguió dando rienda suelta á su imperturbable locuacidad:

—Breno, apoderándose de Roma, es un águila, y el banquero que arrebató á una griseta es un águila también. Tan poco pudor hay en un caso como en otro. No hay que creer nada; la única realidad consiste en beber. Cualquiera opinión que profeseis, ya os decidais por el gallo flaco, como el cantón de Uri, ó por el gallo gordo, como el cantón de Glaris, lo mismo tendréis; bebed. Me habláis del boulevard, del entierro, etc. etc. ¿Queréis decirme que vá á moverse otra revolución? Lo que llamais progreso marcha por medio de dos motores: los hombres y los sucesos; pero es cosa triste que de vez en cuando lo excepcional tenga que ser lo necesario. Para los acontecimientos, como para los hombres, no basta la tropa ordinaria; se necesita que nazcan génius entre los hombres y que broten revoluciones de los sucesos. Los grandes accidentes forman la ley; el orden de las cosas no puede pasarse sin ellos, y al ver que aparecen cometas, estamos dispuestos á creer que hasta el cielo tiene necesidad de hacer intervenir á otros actores en la representación. En el momento más impensado, Dios hace que aparezca un meteoro en el firmamento y se presente alguna estrella caprichosa subrayada por una cola enorme. Esto hace morir á César; Bruto le dá una puñalada y la estrella un cometa. Luego viene una aurora boreal, viene una revolución, un gran hombre; 1793 escrito en gruesos caracteres; Napoleón en acecho, el cometa de 1811 en lo alto del cartel, en el hermoso cartel azul, tachonado con repentinas claridades. Espectáculo extraordinario! Pero levantad los ojos, papanatas, y vereis que todo es descabellado; el astro lo mismo que el drama. Esos recursos, sacados de la excepción, parecen magníficos y

son pobres en realidad. La Providencia no debe recurrir á medios bastardos. No prueba riqueza artística en la naturaleza ver ya tan gastado el destino humano y hasta el destino real, que enseña la cuerda, como lo demuestra el príncipe de Condé ahorcado; ver que el invierno es una desgarradura del zenit, por la que el viento sopla; ver tantos harapos, hasta en la púrpura nueva de la mañana, en las cumbres de las colinas; ver la humanidad descosida y los acontecimientos remendados, y ver tanta miseria por todas partes. Hay en todo mucha riqueza aparente, pero en ella descubro yo la pequeñez. Se dá una revolución, como el banquero, cuya caja está vacía, dá un baile: no se debe juzgar á los dioses por las apariencias. Debajo del dorado esplendente del cielo descubro un universo pobre; la creación está en quiebra y por eso estoy descontento. Ved; hoy es el 5 de Junio y está el día como si fuera de noche; desde que amaneció espero que venga el día y no ha venido, y ahora ya no vendrá: esto es una inexactitud de dependiente mal pagado. Todo está mal arreglado, nada ajusta; el mundo está viejo y derrengado y yo me paso á las filas de la oposición. Todo marcha al través; el universo vá tropezando: total, es una pepitoria. Critico, pero no insulto; el universo es así, pero hablo sin mala intención, según la conciencia me dicta. Os juro por todos los santos del Olimpo y por todos los dioses del paraíso, que yo no nací para ser parisiense; esto es, para estar dando vueltas siempre, como un volante entre dos manoplas, desde el grupo de los ociosos hasta el grupo de los revoltosos. Nací para ser turco, para estar contemplando todo el día las gracias orientales en los bailes del Egipto, húbricos como los sueños de un hombre casto, ó para ser gentil-hombre veneciano y estar rodeado de gentiles hembras, ó principillo alemán, para contribuir con medio soldado á la Confederación Germánica. Para uno de esos destinos había nacido yo. He dicho turco y no me desdigo. No comprendo por qué se toma por costumbre hablar mal de los turcos. Mahoma tiene cosas muy buenas; ha inventado los serrallos de las huríes y los paraísos de odaliscas. No insultemos á los mahometanos. Insisto sobre esto para beber. Parece que van á pelearse todos esos imbéciles, á romperse las narices y á matarse en pleno verano, cuando todos ellos podrían salir, llevando cada uno del brazo á una hermosa joven, á

gozar en el campo del espléndido festín de la naturaleza en esta estación. Se cometen en el mundo muchas necedades. Una linterna vieja y rota, que acabo de ver en una prendería, me sugiere la reflexión de que ya es hora de iluminar al género humano. Estoy triste otra vez, porque es horrible, al comer una ostra, encontrarse con una revolución.

Cuando Grantaire terminó este trozo de elocuencia, tuvo un merecido ataque de tos.

—A propósito de revolución, repuso Joly; parece que Mario está verdaderamente enamorado.

—Se sabe de quién? preguntó Laigle.

—No.

—No?

—Te digo que no.

—Adivino los amores de Mario, exclamó Grantaire. Mario es una niebla y habrá encontrado un vapor. Mario pertenece á la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. Mario y su María, su Marieta ó su Mariquita, deben ser dos amantes inocentes. Su amor debe cifrarse en el éxtasis, que se olvida del beso; serán castos en la tierra, pero se unirán en el infinito. Sus almas serán de las que tienen sentidos; dormirán juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba la segunda botella y tal vez su segundo discurso, cuando apareció un nuevo sér por la escotilla de la escalera. Era un muchacho de unos diez años, harapos, bajito, pálido, con boca grande y ojos vivos, que venía empapado de la lluvia, pero alegre.

El niño, sin vacilar, aunque no conocía á ninguno de los tres amigos, se dirigió á Laigle de Meaux.

—Sois el señor Bossuet? le preguntó.

—Sí. Qué se te ofrece?

—Un hombre rubio me dijo en el boulevard si conocía á la tía Hucheloup; al contestarle afirmativamente, añadió: “Pues llégate al figon; allí encontrarás al señor Bossuet y le dirás de mi parte: A. B. C.” Puede ser esto una burla, pero no me importa, porque me dió medio franco.

Laigle le dió otro franco al muchacho.

—Gracias, contestó éste tomándolo.

—Cómo te llamas?

—Navet; soy el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros, le dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros, añadió Grantaire.

—No puedo, respondió el muchacho; soy del acompañamiento y estoy encargado de gritar: “Abajo Póignac!”

Saludó y se fué. Cuando salió el muchacho, Grantaire tomó la palabra:

—Ese es el pilluelo puro; tiene muchas variedades el género. El pilluelo escribano, se llama salta-arroyos; el pilluelo cocinero, se llama marmiton; el panadero, mitron; el lacayo, groom; el soldado, granuja; el pintor, aprendiz; el negociante, hortera; el cortesano, marino.

—A. B. C., es decir, el entierro de Lamarque, decía Laigle meditando.

—El hombre rubio quiere significar que Enjolras te llama, añadió Grantaire.

—Iremos? preguntó Bossuet.

—Llueve, contestó Joly; yo juré ir al fuego y no al agua. No quiero constiparme.

—Yo aquí me quedo; prefiero un almuerzo á un entierro, repuso Grantaire.

—Pues ya que nos quedamos, bebemos, dijo Laigle; aunque faltemos al entierro no faltaremos al motin.

—Al motin no, contestó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Vamos á retocar la revolucion de 1830. La verdad es que oprime las articulaciones del pueblo.

—Me es indiferente vuestra resolucion, dijo Grantaire. No execro á este monarca, que representa la corona atemperada por el gorro de algodón, y cuyo cetro termina en un paraguas. Me parece bastante bueno para la temperatura de hoy. Luis Felipe puede servirse de su realismo para dos fines; para dirigir un extremo del cetro contra el pueblo y para abrir el extremo del paraguas contra el cielo.

La sala comedor habia quedado muy oscura; grandes y negras nubes habian concluido por suprimir el dia.

Estaban desiertos el figon y la calle; todo el mundo habia ido al entierro.

—Es medio dia ó media noche? preguntó Bossuet. No se vé gota. ¡Gibelote, trae una luz!

Grantaire estaba triste y seguia bebiendo.

—Enjolras me desprecia, murmuró, y pensando en que Joly está enfermo y Grantaire borracho, ha enviado á Navet para que busque á Bossuet. Si me hubiera llamado, yo hubiera ido. ¡Tanto peor para Enjolras, porque no asistiré al entierro!

Los tres amigos permanecieron, pues, en la taberna.

A las dos de la tarde la mesa que ocupaban estaba llena de botellas vacías;

sobre ella ardian dos velas, una en un candelero de cobre que verdeaba y otra en el cuello de una botella rota. Grantaire consiguió que Joly y Bossuet bebiesen, y éstos que aquel estuviese alegre.

Grantaire habia ido más allá del vino que origina ensueños. El vino de los borrachos serios siempre es alegre: en la embriaguez existe la magia blanca y la magia negra; el vino dá la magia blanca. Grantaire era atrevido bebedor de sueños. La oscuridad de la embriaguez terrible se abria ante él, y lejos de contenerle le arrastraba; abandonó el vino y se entregó al chope; el chope es un abismo: como no tenia á la mano ni opio ni hastchis, recurría á esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza y de absenta, que produce letargos tan terribles; de estos tres vapores, de la cerveza, de la absenta y del aguardiente, se forma el plomo del alma; son tres oscuridades en las que se ahoga la mariposa celeste, y que forman una humareda membranosa, vagamente condensada con alas de murciélago; tres fúrias mudas, el delirio, la noche y la muerte, que van revoloteando por encima del espíritu adormecido.

Grantaire no habia llegado aun á esa fase lúgubre; lejos de ella todavía, estaba muy alegre, y Bossuet y Joly le acompañaban en la alegría y brindaban con él. Grantaire añadía á la acentuacion excéntrica de las palabras y de las ideas la divagacion de los gestos; apoyaba con dignidad el puño izquierdo en la rodilla, doblando el brazo en ángulo recto, con la corbata deshecha y á caballo en un taburete; tenia en la mano derecha lleno el vaso, y dirigia á la gruesa Matelote estas solemnes palabras:

—¡Que se abran las puertas del palacio! ¡Que todo el mundo pertenezca á la Academia francesa y tenga el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Después de vaciar el vaso añadió, volviéndose hácia la aludida:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate para que te contemple!...

Joly gritaba:

—Matelote y Gibelote, no saqueis más vino á Grantaire; derrocha locamente el dinero: esta mañana ha devorado dos francos y noventa y cinco céntimos.

Grantaire continuaba:

—¡Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso para ponerlas sobre la mesa á guisa de velas?

Bossuet, que estaba muy borracho, conservaba la calma; se habia sentado en el hueco de la ventana abierta y la lluvia le mojaba la espalda, mientras contemplaba estúpidamente á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de él gran tumulto, pasos precipitados y gritos de *¡á las armas!* Volvió la cabeza y distinguió en la calle de San Dionisio, á la esquina de la calle de la Chanvrerie, á Enjolras, que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con la pistola, á Feuilly con el sable, á Courfeyrac con la espada, á Juan Prouvaire con el mosquete, á Combeferre con el fusil, á Bahorel con otro, y á todo el grupo armado que los seguia atropelladamente.

La calle de la Chanvrerie apenas era tan larga como el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con las dos manos una bocina y gritó:

—Eh, Courfeyrac! Eh, Courfeyrac!...

El llamado oyó estas voces, vió á Bossuet, se le acercó y le preguntó:—¿Qué quieres? Cuyas palabras se cruzaron en el aire con estas otras:—¿A dónde vas?

—A hacer una barricada, respondió Courfeyrac.

—Pues constrúyela aquí, que es magnífico este sitio.

—Es verdad, dijo Courfeyrac.

Hizo una señal y todo el grupo se precipitó tras él en la calle de la Chanvrerie.

III.

Grantaire se duerme.

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado: la entrada de la calle, ancha; el fondo, estrecho y sin salida; Corinto formando allí una especie de embudo; la calle Mondetour fácil de cerrar á derecha é izquierda, no siendo posible allí más ataque que el de la calle de San Dionisio, es decir, un ataque de frente y al descubierto. Bossuet, estando gris, tuvo el mismo golpe de vista que Aníbal en ayunas.

Cuando el grupo hizo allí su irrupcion, el espanto se apoderó de toda la calle; los transeuntes se eclipsaron, y en un instante, á derecha é izquierda, se cerraron las tiendas, los establecimientos, las puertas y las ventanas, desde el piso bajo hasta el tejado.

Atemorizada una vieja, colgó un colchon delante de la ventana de una cuer-

da que le servia para tender la ropa, para amortiguar de ese modo el efecto de la fusilería. Solo el figon permanecia abierto, y esto porque allí se habia instalado el grupo.

—Ay, Dios mio, Dios mio! exclamaba suspirando la tia Hucheloup.

Bossuet bajó á recibir á Courfeyrac.

Joly, asomado á la ventana, gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no llevas paraguas? Te vas á constipar.

En pocos minutos arrancaron veinte barras de hierro de las rejas de la fachada de la taberna y habian desempedrado diez toesas de la calle; Gavroche y Bahorel cogieron al pasar y derribaron un carro de un fabricante de cal, que llevaba tres toneles llenos, que colocaron sobre pilas de adoquines; Enjolras habia levantado la trampa de la cueva, y todos los toneles vacíos de la viuda Hucheloup los formaron con los de la cal; las manos de Feuilly, acostumbradas á iluminar delicados paisajes de abanicos, reforzaban los toneles y el carro con dos pilas macizas de guijarros, improvisados como todo lo demás y cogidos no se sabe dónde. Tambien arrancaron unos puntales de la fachada de una casa inmediata y los habian echado sobre los toneles. En muy poco tiempo la mitad de la calle estuvo cerrada por una muralla más alta que la estatura de un hombre. La mano popular es la única para levantar todo lo que se concluye demoliendo.

Matelote y Gibelote tambien estaban entre los trabajadores; Gibelote iba y venia cargada de maderos; empleaba su laxitud en la barricada y servia adoquines, como hubiera servido vino, adormecida.

Un ómnibus, con dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle: Bossuet saltó por encima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano á las señoras, despidió al conductor y volvió llevando á los caballos de la brida y trayendo con ellos el coche.

—Los ómnibus, dijo, no pasan por delante de Corinto. *Non licet omnibus adire Corinthum.*

Poco después, los caballos, desenganchados, desde la calle de Mondetour se fueron por donde quisieron, y el ómnibus, volcado, completó la barricada.

La tia Hucheloup, que se habia trastornado, se refugió en el primer piso; sus miradas eran vagas; miraba sin ver y hablaba sola en voz baja; sus gritos,

asustados, no se atrevían á salir de la garganta.

—Esto es el fin del mundo! exclamaba.

Joly la dió un beso en el cuello rojo y arrugado y despues dijo á Grantaire:

—Siempre me ha parecido el cuello de una mujer cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire llegaba ya á las más altas regiones del ditirambo. Matelote estaba ya en el primer piso y Grantaire la habia cogido por el talle y soltaba grandes carcajadas.

—Matelote es fea! gritaba. Matelote es el bello ideal de la fealdad; Matelote es una quimera. Voy á descubrir el secreto de su nacimiento. Un Pigmalion gótico, que hacia mascarones de catedrales, se enamoró de uno de ellos, del más horrible; suplicó al Amor que le diese vida y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! Tiene el cabello de color amarillo de cromo, como la querida del Ticiano, y es una buena muchacha. Os respondo que se batirá bien; dentro de cada muchacha buena hay un héroe. La tia Hucheloup es una vieja valiente. Mirad qué bigotes gasta! Los heredó de su marido. Es un húsar. Tambien se batirá heroicamente. Dos mujeres como ella aterrarian la comarca. Compañeros, derribemos al gobierno; tan cierto como hay quince ácidos intermedios entre el ácido margásico y el ácido fórmico. Por lo demás, á mí lo mismo me dá. Habeis de saber, ciudadanos, que mi padre me odiaba porque no podia comprender las matemáticas: yo solo comprendo el amor y la libertad. ¡Soy Grantaire, el buen muchacho! Como nunca tuve dinero, no tengo hábito de tenerlo, y por eso nunca me ha hecho falta; pero si yo fuese rico no habria pobres. ¡Si los buenos corazones tuvieran grandes bolsillos mejor iria todo! ¡Jesucristo, con la fortuna de Rostchild, cuánto bien hubiera hecho!... ¡Matelote, abrázame! Eres voluptuosa y tímida; tus mejillas solicitan el beso de una hermana y tus labios reclaman el beso de un amante.

—Cállate, tonel! le gritó Courfeyrac.

—¡Soy capitular de Tolosa y maestro en Juegos florales!

Enjolras, que estaba de pié encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó hácia la ventana del primer piso su austero semblante. Sabemos que habia en él algo de espartano y de puritano. Hubiera muerto en las Termópilas como Leonidas y era capaz de haber

quemado á Drogheda como Cromwell.

—Grantaire! le gritó. Vete á dormir fuera de aquí. Este es sitio de embriaguez, pero no de borrachera. ¡No deshonres la barricada!

Las palabras de Enjolras, dichas con irritacion, produjeron en Grantaire singular efecto, como si le hubieran arrojado á la cara un vaso de agua fria. Pareció que habia vuelto en sí.

Se sentó, apoyó los codos en la mesa que habia cerca de la ventana, miró á Enjolras con indecible afecto y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete á dormir á otra parte.

Grantaire, fijando en él los ojos tiernos y turbados, repitió:

—Déjame dormir aquí... hasta que muera aquí.

Enjolras le miró desdeñosamente, diciéndole:

—Eres incapaz de creer, de querer, de vivir y de morir.

Grantaire le replicó con voz grave:

—Ya lo verás.

Murmuró algunas palabras ininteligibles, dejó caer pesadamente la cabeza sobre la mesa, y por efecto bastante comun del segundo período de la embriaguez, en el que Enjolras le precipitó con rudeza, se quedó instantáneamente dormido.

IV.

Tratan de consolar á la viuda Hucheloup.

Bahorel, extasiado ante la barricada, exclamaba:

—Ya está la calle decapitada! ¡Hace muy buen efecto!...

Courfeyrac, mientras iba saqueando el figon, trataba de consolar á su dueña.

—¿No os quejábais el otro dia de que os citaron á juicio y os declararon delincuente porque Gibelote habia sacudido un ruedo en la ventana?

—Sí, señor! Ay, Dios mio! ¿Vais á poner tambien esa mesa en la barricada? No me condenaron solo por el ruedo, sino tambien por un tiesto que se cayó desde la buhardilla á la calle; el gobierno me sacó cien francos de multa. ¿No fué eso una picardía?

—Pues bien, tia Hucheloup, nosotros os vengaremos.

La tia Hucheloup no comprendia muy bien, al parecer, el beneficio que le iba á reportar la reparacion.

Quedaba satisfecha "como aquella mu-

jer árabe que, habiéndole dado un bofetón su marido, fué á ver á su padre y á pedirle venganza, diciéndole:—Padre, debes devolver á mi esposo afrenta por afrenta. El padre le preguntó:—¿En qué mejilla te dió el bofetón?—En la izquierda. El padre entonces la dió un bofetón en la mejilla derecha, y añadió:—Ya debes estar satisfecha. Dile á tu marido que si él ha abofeteado á mi hija, yo he abofeteado á su mujer.

Habia cesado la lluvia; iban llegando reclutas. Los obreros traian bajo las blusas ya un barril de pólvora, ya una cesta de botellas de vitriolo, ya hachas de viento, y hasta un canasto lleno de vasos de lamparillas, "restos de la fiesta del rey", recientemente celebrada en 1.º de Mayo. Decíase que enviaba estas municiones un droguero del arrabal de San Antonio que se llamaba Pepin.

Rompieron el único farol que habia en la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle de San Dionisio y todas las de las calles circunvecinas.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigian todo. A un mismo tiempo construian dos barricadas, apoyadas ambas en la misma casa de Corinto, formando escuadra; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie y la otra la de Mondetour, por el lado de la calle del Cisne; esta barricada era muy estrecha, y solo estaba construida con piedras y toneles. Habria allí cincuenta trabajadores; treinta de ellos tenian fusiles, porque al paso para ir á la barricada habian saqueado la tienda de un armero.

Era extraño y abigarrado aquel conjunto de gente. Uno llevaba levita, sable de caballería y pistolas de arzon; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo y una bolsa llena de pólvora colgada al cuello; un tercero se cubria con un peto formado de ocho hojas de papel y tenia en la mano una aguja de enjalmar. Una voz gritaba: *¡Exterminemos hasta el último y muramos en la punta de nuestras bayonetas!* El que así gritaba no tenia bayoneta en el fusil. Habia allí quien llevaba cruzadas sobre la levita las correas y la cartuchera de guardia nacional, con funda, en la que resaltaba esta inscripcion hecha con lana roja: *Orden público*. Allí habia un *totum revolutum* de trajes, de armamentos, de clases y de personas. Todos se movian activamente, y al mismo tiempo que trabajaban se ocupaban de los sucesos posibles, haciendo suposiciones terribles con cordial alegría. Parecia que eran

hermanos y los unos no sabian cómo se llamaban los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar á los desconocidos.

Habian encendido lumbre en la cocina y estaban fundiendo toda la vajilla de estaño de la taberna al mismo tiempo que bebían.

Los pistones, las postas y las balas se mezclaban en las mesas con los vasos de vino. En la sala del billar la señora Hucheloup, Matelote y Gibelote estaban aterrorizadas de distinta manera: la primera atontada, la segunda sofocada y la tercera excitada, y rompian rodillas viejas y hacian hilas; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes barbudos y cabelludos.

El hombre de alta estatura, que llamó la atencion de Courfeyrac, de Combeferre y de Enjolras cuando se les unió al grupo en la esquina de la calle de los Billetes, trabajaba en la barricada pequeña y les era útil: Gavroche trabajaba en la grande. El jóven que estaba en casa de Courfeyrac esperando á éste desapareció poco despues de haber detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado, se encargaba de todo: iba, venia, subia, bajaba, metiendo mucho ruido; parecia que estaba allí para animar á los demás. Gavroche era un torbellino. Le veian sin cesar, le oian continuamente; llenaba todo el espacio, se encontraba á la vez en todas partes; era una especie de ubicuidad casi irritante; nada le detenia; la enorme barricada sentia su accion. Molestaba á los transeuntes, excitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, alegraba á unos y encolerizaba á otros. En sus brazos dominaba el movimiento perpétuo y en sus pulmones el clamor continuo.

—Bravo! Más adoquines! ¡más toneles! más maderos! Una mano de yeso para tapar este agujero. Es pequeña aun la barricada, ha de ser más alta. Demoled la casa. Tomad; aquí teneis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar á uno de los trabajadores:

—¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo?

—Los tubérculos sois vosotros, respondió Gavroche. La puerta vidriera en la barricada no impedirá el ataque, pero servirá de obstáculo para que la tomen. ¿No habeis robado manzanas nunca por encima de una pared llena de cascotes de